

EXALTACIÓN A NUESTRA SRA. DE LA ENCARNACIÓN

A cargo de
Agustín Pérez González

interpretaciones musicales por la
Agrupación Musical Ntra. Sra. de la Encarnación

Sábado 22 de marzo de 2003 21:00 horas Parroquia de San Benito Abad



PRESENTACIÓN DEL EXALTADOR POR

Manuel J. Bermudo Parra
Teniente Hermano Mayor



Estimado Director Espiritual,

Compañeros de Junta,

Hermanos, hermanas, amigos.

Cuando la semana pasada, nuestro Hermano Mayor me dijo que cambios de última hora le impedían estar hoy aquí y me encargó tu presentación, mi querido amigo Agustín, otra vez pudo más el amor a la Hermandad y ese no saber decir “NO” para lo que uno no está capacitado, como es subirse a este atril a presentar a quién bien sabe utilizar el verbo y hacer de la palabra una glosa cofrade convertida en oración.

Y a Ella me encomendé para poder cumplir con el honor y la responsabilidad de hacer de pórtico de la que sin duda será tu magnífica Exaltación.

Una vez más, nuestra hermandad va a ser fiel a los más puros impulsos de nuestros corazones y cantar a María.

Una vez más, nuestra hermandad buscará en el verbo preciso, las huellas de la Pasión para que sean simiente que hagan florecer la espiga de la fe.

Una vez más, nuestra hermandad mirará a su Virgen de la Encarnación para encontrar en Ella a María de Nazaret en este día en el que estamos estrenando primavera. Primavera, una recién nacida y recurso fácil, muy utilizado en las presentaciones, el naranjo en flor, el olor a azahar, esa mezcla que con el incienso nos hace decir que ya huele a Semana Santa. Aunque no se por qué, esta primavera me parece distinta; distinta porque hay olor a ausencia de Paz.

Y una vez más, nuestra hermandad para cantar un caudal sinfín de sentimientos ha depositado su confianza en un cofrade sevillano que hace de la palabra auténticos requiebros con primores líricos que emanarán de su boca con sólo pronunciar el nombre de la Madre de Dios.



Me reencuentro con Agustín precisamente aquí, en este templo el pasado día 22 con el que compartimos unos momentos inolvidables en aquella tertulia poética del 75 Aniversario, que con talante cristiano nos acercaron aun más al Hijo de Dios.

Y afloraron en mi mente recuerdos de mi niñez. Del barrio y de aquél cura bajito, sotana y bonete, al que todos nos acercábamos corriendo para besarle la mano. Aquella fracesilla que a modo de retahíla, repetía una y otra vez. Alegre y bonachón, parecía salir de alguna novela que bien podría haber escrito el mismísimo *Giovanni Guareschi*.

Recuerdo los fines de semana en los que aparecía con un camión, aquellos de batea baja y nos hacía ir de casa en casa pidiendo botellas para no se que cosa de una Hermandad. Pues si, amigos, entre esos que pedían botellas para la nueva Hermandad nos encontrábamos Agustín y yo.

Agustín Pérez González ve la luz por primera vez, cuando mediaba el siglo pasado precisamente allí en el Tiro de Línea. Nace en el seno de una familia humilde y trabajadora. Su madre de aquí muy cerca, de la Puerta de la Carne, su padre de San Bernardo. A él le toca vivir precisamente el nacimiento de su hermandad, donde desde muy pequeño empieza a formar parte de sus filas nazarenas. Motivos laborales harán que un día deje de hacerlo, aunque no por ello dejaría de vivir intensamente cada Lunes Santo. Nuestro exaltador es maestro, “maestro” qué palabra más bella, y eso le obliga a desplazarse; y Sevilla, La Rinconada, Dos Hermanas, El Palmar, Gélves y San Juan de Aznalfarache, pasarán a ser cuna de su magisterio. Hombre inquieto que no cesa en su formación lo que le lleva a diplomarse como Ayudante Técnico Sanitario, profesión que actualmente sigue ejerciendo.

Su traslado en 1972 al Aljarafe sevillano le hace vincularse a la Hermandad del Cristo del Amor y Ntra. Sra. de los Dolores, con la que anualmente sacia su sed de cristiano comprometido.

Le gustó escribir desde siempre, y un día de hace sólo seis años decide ordenar sus hojas y publicar un bello libro de poemas que titula **“Viaje por mi Andalucía interior”**. Dos años más tarde ve la luz su segunda obra **“Sueños de amor y sueños de verano”** y en diciembre de 2001 su más reciente creación **“Cofrade por la gracia de Dios”**.

Su amor a la poesía le lleva a colaborar en emisiones radiofónicas en R.N.E., Onda Sevilla, Antena Médica y Onda Cero Radio.



Innumerables recitales, ponencias y pregones entre los que destacaría el pronunciado en su hermandad natal que dedicaría a su Virgen de las Mercedes, el de la Navidad organizado por la Institución Poética “Noches del Baratillo” de la que forma parte desde el año 1.999, o el del Corpus de la localidad aljarafeña de Mairena.

Esta noche, Agustín Pérez, nos hará remontar el vuelo junto a esta Paloma nacida en Triana, desgranado un sinfín de detalles bellos cargados de su excelente poesía y descubriendo esta forma tan nuestra de rezar y cantar a María.

Os puedo garantizar que en las palabras que ahora escucharemos podremos ver a este hombre comprometido, hombre de fe, que sabe poner música y color en cada verso.

Mis queridos hermanos, llega el momento en el que el presentador debe guardar silencio, recoger sus notas y ceder el atril a quien realmente sabe pregonar. Sólo queda que nuestra Agrupación, esa que lleva por nombre el de María toque la marcha que rompa este silencio y de paso a la luz. Pero no quiero terminar dejando incompleto uno de los párrafos con los que inicié la presentación, *“esta primavera me parece distinta; distinta porque hay olor a ausencia de Paz”* y es que aquí en la “Calzá” bien sabemos que Él ya derramó hasta la última gota de su Sangre para que no se derramara ni una gota más, que aquí en la “Calzá” presentamos al Justo, al Hijo de Dios, para que veamos en Él, no el odio, sino su bondad y es que aquí en la “Calzá” queremos que ese manto protector de Ntra. Sra. de la Encarnación proteja a todos, de todo mal. A Ella, mi querido amigo Agustín, vamos ahora a mirar para que le digas, que en cada estrofa, que en cada verso, va nuestro amor y nuestra oración por la Paz.

Mahatma Gandhi, enemigo de la violencia, fue un gran luchador pero siempre enarbolando la bandera de la paz; por eso quiero terminar con una frase de este gran hombre

**“No hay camino para la Paz;
la Paz es el camino”.**



EXALTACIÓN
A
NTRA. SRA. DE LA ENCARNACION

AGUSTÍN PÉREZ GONZÁLEZ

22 de marzo de 2003

*A la Hermandad
de San Benito con un
canto y mi agradecimiento.*



ENCARNACIÓN

Encarnados van tus ojos
Irritados por el llanto.
Encarnados como pocos
Esos tus divinos labios.

Encarnadas tus mejillas,
Y encarnadas van tus manos
De impotencia, pues las tuyas
Van sujetas por dos clavos.

Y es encarnado tu manto
Y es encarnada la saya,
Y es encarnado ese palio,
De belleza insuperada.

Y eres camino de Amor,
Y luminosa Calzada
Por la que fluye el fervor
De este barrio que te aclama
Y comparte tu dolor
Por las calles y las plazas
De Sevilla cuando vas
En tu hornacina de plata.

Encarnado va tu pecho
Y encarnada va tu cara
De los besos que te dio
Ese barrio que te llama
Su reina y Encarnación
De la fe más sevillana.

Y encarnado fue tu Hijo
En tu purísima entraña
Que fuiste tú, Encarnación
La concebida sin mancha.
Y hasta el mismísimo Dios
Por esposa te tomara



Para ser Madre de Dios
Y Reina de la Calzada.

Rvdo. Sr. Cura Párroco de esta feligresía.

Sr. Delegado del Martes Santo

Sr. Hermano Mayor y junta de Gobierno de la Pontificia, Real y Antigua hermandad del Santísimo Sacramento, y archicofradía de Nazarenos de la Sagrada Presentación de Jesús al pueblo, Santísimo Cristo de la Sangre y Nuestra Señora de la Encarnación.

Dignísimas autoridades y representaciones de las hermandades sevillanas

Sr. Presentador. Cofrades de Sevilla.

Ha sido para mí un placer haber podido llevarme muchos días pensando casi en exclusividad en la Virgen. Todo el que me conoce me sabe mariano de nacimiento, aprendiz de poeta desde la adolescencia, y sevillano hasta la médula. Por tanto, nada más grato que unir todo ello para alabar a María, para ensalzar nuestras tradiciones y para transmitir la fe y los sentimientos recibidos de mis mayores.

Llegué hasta aquí por pura casualidad, pues lo cierto es que hace poco más de un mes participé en la Exaltación al Cristo de la Presentación con motivo de su septuagésimo aniversario, sustituyendo a un compañero que había caído enfermo. Luego, en la reunión habida para organizar el acto, también por casualidad, fui nombrado para hacer este pregón de la Santísima Virgen de la Encarnación. Por casualidad porque en esa fecha ya suele estar nombrado el pregonero. Por casualidad porque la idea de vuestro hermano mayor era la de incitar sutilmente a otra persona, por casualidad porque ni esa persona ni ninguna otra se lanzó a la propuesta, y quien os habla, el último que había llegado, aceptó el reto.

Pero yo me pregunto: ¿Son posibles tantas casualidades? ¿No será más bien causalidad? ¿No será que Ella me señaló con el dedo para que rememorara instantes vividos por mis mayores cuando habitaban el primer piso del número cinco de esta calle de San Benito, y sus ojos se miraban directamente en los de tan celestial Señora?



Yo quiero pensar que así ha sido Por ello esta exaltación va a transcurrir por el sendero de la oración, apoyándose en las palabras del Arcángel y en las de aquella muchacha asustada ante tanta grandeza.

Sin embargo, no quiero adentrarme en el texto sin agradecer a D. Manuel Rodríguez Hidalgo y su Junta de Gobierno la confianza depositada en quien os habla, y a mi amigo y compañero en lides poéticas D. José Núñez Asencio por haberme presentado ante ellos y avalado con su palabra.

Tampoco quisiera, antes de entrar a exaltar tus gracias y tus virtudes, pedirte Madre por la PAZ en estos especiales momentos en los que la guerra ha hecho de nuevo aparición entre los hombres.

Esa Paz que todos dicen buscar pero que nadie encuentra. Esa PAZ que una vez y otra sirve de excusa para la guerra. Esa paz que el mismo Cristo vino a predicar y que le costó la vida. Esa paz que no podrá existir en el mundo mientras no exista en los corazones.

Extiende tu mano, Señora sobre esta tierra hambrienta de justicia, sella con tu Paz los corazones que están llenos de odio, de venganza, de codicia para que la Paz se instale definitivamente sobre este valle de lágrimas y pueda así convertirse en un pequeño anticipo de tu Gloria.

Reina de la PAZ. Haz que la PAZ reina sobre los hombres.

“DIOS TE SALVE, MARÍA”

Esta frase, traducida al lenguaje de nuestros días vendría a decir poco más o menos: Dios Te Saluda, María.

- ¿Qué tendría que decirle Dios a una muchachita hebrea que apenas había salido de la adolescencia?
- ¿Qué tendría de especial aquella joven para que Dios enviara a uno de sus arcángeles para saludarla?
- Dios, aquél Jhavé de los israelitas, aquél Dios lejano del que ni siquiera se podía pronunciar el nombre, se volvió cercano, directo, afable, con aquella mujer, y le envió su saludo. ¿Cómo era aquello? ¿Quién era esa muchacha?



- Y si el mismo Dios se fijaba en Ella, si el mismo Dios la distinguía y la saludaba, ¿cómo no íbamos a distinguirla, a saludarla y a reverenciarla los hombres?
- Es por ello que Sevilla, la ha distinguido siempre, la ha hecho centro de su atención, eje de su veneración, y la ha llamado con todos los nombres posibles.

Si Dios para saludarla envía a uno de los lugartenientes de sus legiones angélicas, Sevilla le saluda poniendo delante de Ella una legión de cofrades revestidos de túnicas y antifaces, y un ejército de luces sobre candeleros para iluminar su cara, y un batallón de flores para perfumar el aire que respira, y una compañía de rosas de cera para que alegre su vista con la graciosa cadencia de sus campanillas, y una escuadrilla de aviadores de costal para hacerla volar por los cielos sevillanos, y una larga fila de penitentes que la siguen cargando con su cruz para compartir su sufrimiento.

Sevilla toda te saluda, María como Dios lo hiciera:

- Te saluda su cielo, luciendo sus más esplendorosos azules para poner su contrapunto a tu encarnado palio, o al blanco inmaculado de tu manto cuando te llaman Paz, o al verde de sus cuatro Esperanzas, o al luto de su Soledad, o para igualar en la noche el azul Hiniesta de que te vistes el Domingo.
- Y te saluda el aire cuando se vuelve brisa para transportar el beso que cada sevillano deposita sobre sus columpios para que los lleve suavemente hasta tu cara.
- Y te saluda el naranjo luciendo el verdor de sus nuevas hojas para alegrar su copa y dársela a beber a tus preciosos ojos. Y vuelve a saludarte cuando sublima el aire con esencias de azahar para conseguir transportarte a las puertas de la Gloria.
- Y te saludan las casas vistiendo sus mejores galas para hermosear los lugares por donde pasas.
- Y te saludan las calles, convirtiéndose en alfombras de cera para que tus divinos pies vayan pisando sobre la trama de oraciones que dejaron las gotas de los cirios nazarenos.
- Y te saludan tus hijos, que se vuelven costaleros para llevar sobre sus cuellos un digno trono en el que resplandezca la perfección de tu cara. Y te saludan los campos, haciendo nacer en tu honor todo un mar de flores.



- Y te saluda la Primavera, poniéndose sus mejores vestidos para contagiar a tu cara sus más alegres colores y así combatir tu pena.
- Y te saluda la Ciudad convirtiéndose en una gran catedral donde cada barrio prepara un altar para proclamarte su Reina, para que la “Llena de Gracia” colme con su gracioso andar las calles y los corazones de los sevillanos.
- Y Sevilla, que no sabe dónde ponerte para que todos te vean, para que la devoción y la fe sea más grande cada día, para revestirla de sensibilidad, de arte, de belleza, y elevarla a lo más alto, construye para Tí la maravilla de un PASO DE PALIO, el portentoso milagro de la estética, que Sevilla te ofrece para poner un trocito de cielo bajo tus pies.

Un paso de palio es
un pedacito de cielo.
De cielo con sus estrellas
bordadas en terciopelo.

De cielo con nubecillas
hechas de aroma de incienso
que elevan en sus volutas
las oraciones del pueblo.

De cielo de vía láctea
hecha pabilos ardiendo
alrededor de una cara
que es el mismísimo cielo.

De cielo en el que una lluvia
de gotas de sufrimiento
va cayendo de sus ojos
para humedecer los nuestros.

De cielo en el que la Luna,
siempre obediente a sus ruegos
pone a sus plantas la plata
de sus rayos más excelsos.

Un cielo en el que, volando
palomas que son pañuelos,



van enjugando su llanto
por el que va en el madero.

Un cielo en el que atardece,
lubrican de firmamentos
donde las luces y sombras
caminan a paso lento
por las calles de Sevilla
prestando rojos reflejos
a sus rincones y esquinas
que se convierten en rezos.

La Gloria el techo del palio,
que así se llama por cierto,
al que rodean cuatro paños,
abanicos de misterio
con flecos de seda y oro
que acompasan movimiento
al paso triste o alegre
de treinta y seis costaleros.

Un cielo de candelabros
que alumbran como luceros
para sacar en el manto
mil matices y reflejos
a los bordados de oro
y al brillo del terciopelo.

Cielo de clavel y nardo,
jardín de todo universo
donde la flor más bonita
es su cara de requiebro.

Esencia de orquídea blanca
y de gladiolo enhiesto,
de rosa cuya fragancia
besa a la noche en silencio.

Cielo de rosa y camelia
cuya fragancia los vientos



la transforman en plegaria
cuajada de sentimiento.

Y es que un paso de palio
es gloria y es universo,
es el trono de la Madre
de todos los costaleros.

Un cielo que a cosa hecha
los sevillanos hicieron
para quitarle la pena
a la Reina de los Cielos

“LLENA ERES DE GRACIA.”

Siempre llena de Gracia, pues Dios te la concedió a raudales para que fueses Tú la más agraciada entre los mortales. Todas las gracias, todos los dones te fueron concedidos por el Altísimo: El don de la ubicuidad, para estar al mismo tiempo en todos los lugares donde se te necesita. Por eso puedes procesionar al mismo tiempo en siete barrios distintos, y en cada uno de ellos ser la misma María con diferentes apellidos.

El don de la constancia, por el que eres capaz de esperar a cada uno de tus hijos, ‘para que se te acerquen con toda libertad cuando el fruto de su amor por ti esté en su plena madurez.

Los dones de la perseverancia y de la oportunidad, para seguir el camino de cada uno de nosotros, y mostrarnos en el momento más adecuado las estrellas de tus ojos para que nos sirvan de norte en nuestro caminar.

El don de la Pureza de intenciones, para tratar de enseñarnos a pensar siempre bien, a obrar bien, a callar bien, a escuchar mucho y a ayudar a todos los que necesiten nuestro apoyo.

El don de la belleza interior, que se transforma en un río de perfecciones externas para llevarte a ser la más bella entre las hermosas.

El don de la Esperanza, para enseñarnos a confiar en la Divina Providencia por muy difíciles y muy cuesta arriba que estén las cosas.

El don de la elegancia, de la oportunidad, de la ternura, de la generosidad, de la inocencia.

Y Sevilla, que recibe con abundancia todos esos dones de tus Divinas manos, pone entre ellas todo su cariño, todo su gracejo, toda su



personalidad para hacerte aquí distinta, para rezarte de diferente forma, para que recorras las calles derramando desde tu cara la Gracia a borbotones. Y te representa como una perfecta muchacha cuando la realidad es que ya debías peinar canas en el momento de la Pasión. Y sus escultores te conciben sin una sola arruga, cuando los sufrimientos debían haber labrado profundos surcos sobre tu divina frente. Y cubren tus mejillas de vivos colores, aunque en aquellos momentos tu cuerpo debía haber perdido todo su color. Y a pesar de estar llorando, tu boca puede esbozar una enigmática sonrisa que hace que tu pena mueva a la alegría.

Y te hacen caminar de una forma tan especial, que todos pensarán que más bien estás recorriendo un trocito de cielo. Del cielo en el que se convierte San Benito para ti, cuando cada Martes Santo todo un océano de cabezas cubren la calle Oriente mientras miran hacia arriba para contemplar la maravilla de unos ojos caídos en los que no cabe más preocupación ni más dolor. Unos ojos que van derramando su gracia sobre todos sus hijos. Esa gracia que estuvo contigo desde el principio de los tiempos.

La Gracia estuvo contigo
desde la eterna morada;
que en el limbo de los justos,
antes de que te engendraran
ya gozaban de tu Gracia
los inocentes que aguardan
a tener un cuerpecillo
donde habitasen sus almas.

La gracia estuvo contigo
desde que Dios te pensara,
como buena entre las buenas,
como pura entre las castas,
como espejo de justicia,
y el arca de la Alianza.

Dos Gracias siempre contigo.
La de Dios junto a la humana,
que desde el mismo momento
en el que Dios te creaba,
pensó que podía escribir
poemas sobre tu cara.
Escribió una redondilla



sobre un hoyado mentón
en el que toda Sevilla
reconoce a Encarnación.

Sobre la boca una lira,
tan musical y armoniosa,
que sus versos son las rosas
de los labios de María.

En su frente despejada,
Un pareado de cejas
Donde cabe tanta pena
Sobre sus líneas quebradas,
Que la Calzada se llena
Con solamente los versos
De su belleza serena
Y su triste desconcierto.

Su nariz es un soneto
Tan medido tan perfecto
Que ni el vate más inquieto
Le encuentra ningún defecto

Un zéjel son sus mejillas
Perfumadas de azucenas
Que en su candor magnifican
La fuerza de la pureza.

Sus pestañas, un romance
Que destila sus lamentos
Para poner los acentos
A su carita de ángel.

Con cinco tildes divinas,
Cinco perlas nacaradas,
que abandonan sus mejillas
para regar La Calzada.

Y sus ojos entornados
Son las casas donde habita



La inspiración y los hados
De la más soberbia lírica

Virgen de la Encarnación.
Poema que en San Benito
Dejara el Señor escrito
Sobre la cara mejor
Que pasea el Martes Santo
Por Sevilla Recitando
El poema de su Amor.

“EL SEÑOR ES CONTIGO”

Esta frase del arcángel nos informa de que no es que vaya a venir a ti, sino que está contigo en términos absolutos. Está contigo desde siempre y para siempre.

Y es que desde siempre te pensó, te amó y te proyectó como Esposa, Madre e Hija de las tres personas de la Santísima Trinidad.

Tú fuiste informada aquél día, pero Él estaba contigo desde la eternidad porque te hizo el templo de su divinidad, Catedral de la Gracia y vehículo de Salvación.

El Señor siempre estuvo contigo desde el principio de los tiempos, y Sevilla también estuvo contigo desde el principio de la historia de nuestra fe, porque desde siempre tuvo una especial sintonía con tu Divina Maternidad. Porque desde siempre proclamó tu Purísima Concepción, y cuando aún la Iglesia no lo consideraba dogma de fe, ya Sevilla lo proclamaba, a instancias de la Madre y maestra de todas nuestras cofradías.

Y volvió a ser abanderada del Dogma de tu Asunción en Cuerpo y Alma a los cielos.

Y volvió a significarse coronándote en cada una de sus Vírgenes como Reina de la Creación, corredentora de todas las Gracias y Mediadora Universal.

En Sevilla no podemos olvidarnos de que el Señor está contigo. Por eso está Muy Mariana Ciudad te representa junto a Él en cada uno de sus



rincones, en cada uno de sus templos, en cada una de sus hermandades, en cada uno de sus corazones.

Cada sevillano te lleva en su interior con un nombre distinto, pero siempre junto a tu Hijo, ya sea montado en una borriquita o cenando con sus discípulos, prendido en un huerto, o traicionado por uno de sus fieles. Cautivo y abandonado o derramando su Sangre; abofeteado o presentado al pueblo. Crucificado, muerto o resucitado. Cargando con su cruz o a punto de cogerla; pero tú siempre con él, llorando tu amarga pena, y dando testimonio de fortaleza y resignación, de presencia y de esperanza.

Pero Sevilla te hizo sobre todo, cercana, amiga y confidente, llevándote constantemente en la boca y en el corazón, a flor de piel y en sus más profundas entrañas, en su pensamiento y en su subconsciente, porque sabe que Dios está contigo y tú estás con nosotros.

Y estando Dios contigo, te conviertes en el ser más bello que imaginarse pueda. Por eso Sevilla pierde pie y te hace madre de eterna presencia, y te habla como a la suya carnal, y llora cuando te ve llorar de tal manera, que hasta un mejicano de exquisita sensibilidad, supo captar como nadie **“COMO LLORA SEVILLA”** de una forma distinta a cómo llora el resto del mundo.

Mira si lloran mis ojos
Cuando me pierdo en tu cara.

Mira si lloran mis ojos
Cuando en el altar me hablas
Con tu sonrisa de luna
Sobre esa cara de nácar.

Mira si lloran mis ojos
Cuando en calle Santiago
Sevilla entera te abraza
Con sus estrechas callejas
De paredes encaladas
Cuando pasas bajo palio
Entre varales de plata,
Y es tu dosel encarnado
La gloria de La Calzada



Mira si lloran mis ojos
Cuando llegas a la Plaza
Cristo de la Redención
Y allí hablas con tu hermana
Y empapáis con su Rocío
a la gente congregada
a las puertas de ese templo
donde te esperan con ansia.

Y cómo lloran mis ojos,
cuando sales a Apodaca,
y el alminar de la Iglesia
de Catalina la Santa
te corona con almenas
de ladrillos de esperanza.

O cuando Sor Angelita,
En su calle y hecha estatua
Te brinda sus dulces ojos
Y tú le das tu mirada
Llena de agradecimiento
Y le devuelves las gracias
Que entre tus manos pusieron
Los que en la gloria destacan
Por aceptar sufrimientos
Que dejaron a tus plantas
Para ofrecer sus dolores
A tu gracia soberana.

Y cómo lloran mis ojos
Encarnación de mi alma
Cuando te asomas a un Valle
Que desde calle Laraña
Cubre el cielo de Sevilla
De cataratas de lágrimas.

Y cómo lloran mis ojos
Cuando ya por La Campana
Te mecen los costaleros
Con sus cinturas de plata



Y sus espaldas de acero
A los sonos de tu marcha.

Tu marcha, Divina Madre,
Tu marcha que es catarata
De fusas y de corcheas,
Que se desbordan en aguas
De belleza y armonía
Que producen tal riada
Que los ojos de Sevilla
Se inundan al escucharla.

Sí, tu marcha, Encarnación
Y Reina de la Calzada,
Ha provocado el delirio
Levantando en la campana
A todo aquél que ha seguido
La perfección de tu entrada.

Haciendo la gloria misma
Esa tarde sevillana.

Y como lloran mis ojos
Cuando vuelves a tu casa
Entre los cientos de estrellas
Que en el paso te acompañan
Escoltando a la más bella
Que con su fulgor las baña.

Y cómo lloran mis ojos
Cuando toda la calzada
Está esperando impaciente
Que regreses a tu casa
Para poder retenerte
Entre aquellos que te aman

Y cómo lloran mis ojos
Virgencita de mi alma
Cuando desde aquél balcón
Frontero de la portada
El pecho de un cantaor



Una saeta nos lanza
Para herir un corazón
Que se abrió a tus esperanzas

Y cómo lloran mis ojos
A la hora de la entrada,
Cuando envías sobre nosotros
La carga tan esperada
De tu tormenta de Amor,
del chaparrón de tu Gracia
Y aceptas llevar a Dios
En tu purísima entraña
Para ser Encarnación
Del barrio de la Calzada.

“BENDITA ENTRE TODAS LAS MUJERES Y BENDITO EL FRUTO DE TU VIENTRE”

Dios te escogió entre todas para bendecir tu vientre, para hacerlo el hogar de su Hijo y restablecer la Alianza con los hombres.

Dios te bendijo y nos bendijo a todos a través de ti porque todo lo que tocan tus manos, todo lo que riegan tus lágrimas, se transforma en alimento para nuestra fe. Y es que por estas tierras, tú actúas de catalizador de nuestras creencias, tú eres el camino por el que llegamos al Hijo, que nos presentará el Padre como él mismo es presentado al pueblo cada Martes Santo.

Dios te bendijo y nos bendijo con tu amor. Un amor primordial para la fe de muchos sevillanos, como me contaba un conocido periodista que camina cada semana Santa asido a la manigueta de su Virgen y permanece el resto del año junto a su altar.

Mira, Agustín,- me decía- yo no sé si esto es bueno o es malo, no se si es irreverente o puede ser hasta pecado, pero si a mí me quitaran a esta (decía señalando a su Virgen), mi fe se resentiría.

Y eso mismo le pasaría seguramente a muchos sevillanos, que miran a Dios a través de sus ojos, de sus benditos ojos, que son espejos de la divinidad de su Hijo, Niñas del Padre y tesoros del Espíritu. Benditos ojos que un día



ya muy lejano llegaron a este barrio para anegarlo con su pena, levantarlo con su alegría y capitanear el nacimiento de una profunda fe que nos llevó hasta su Hijo. Benditos ojos que provocaron tal pasión entre la gente de la Calzada, que se arremolinaron a su alrededor para convertirla en PALOMA DE SAN BENITO.

Desde hace algunos años
Se ha levantado una voz
Que te llama, Encarnación,
Palomita de otro Barrio.

Si fue allí tu nacimiento,
Que nadie lo va a negar,
no es tampoco menos cierto
que te echaron a volar
porque se enfrió tu nido
por desidia o por descuido,
y tuviste que marchar
Para posar tu alto vuelo
Sobre un corto campanario
Santo y seña de este barrio
Que llamaban La Calzá

Y la Calzá se hizo cielo
Por que pudieras volar
Y te preparó un altar
Dulce como el caramelo.

Incubaste nuevamente
Pichones con tu cariño
Y el barrio de San Benito
Cifré en tus ojos su suerte.

Allí lloraste a tu Hijo
cuando el malvado Pilatos
le inflige tan malos tratos
y lo presenta sumiso
a un pueblo que lo condena
a morir en esa cruz
en la que se volvió Sangre



por que pudieran amarle
en este barrio andaluz.

Aquí fuiste Encarnación,
Receptora de un amor
Tan entregado y distinto
Que fuera de San Benito
Nadie lo encuentra mejor.

Aquí fuiste venerada,
Te ciñeron la corona
Y recibiste el aroma
De incienso en Semana Santa.

Aquí cada Martes Santo
Te colocan en un trono
De cuellos de plata y oro
Que te llevan paseando
Por un puente esperanzas
donde Sevilla te espera
para gozar las maneras
Con que tu gente te aclama

Y donde este pregonero
Saca su verso certero
Para lanzar este grito:
ni en Sevilla ni en Triana,
tu eres Reina en La Calzada
y Paloma en San Benito.

“EL VERBO SE HIZO CARNE, Y HABITÓ ENTRE NOSOTROS”.

¡Qué felicidad debiste sentir, Señora, cuando la palabra se encarnó en tu seno!

¡Qué grata plenitud en aquellas entrañas pensadas desde la Eternidad para concebir a Dios!

¡Qué inmensa felicidad en tu más íntimo ser!



Tu joven cuerpo, ya de por sí pensado hermoso, debió florecer como un divino rosal, transformándose por completo para dar el mejor de los frutos que mujer alguna podía haber soñado.

Tu piel debió volverse suave como pétalo de rosa, perfumada como el azahar, tersa como la orquídea, brillante como el anturium y coloreada como el más reventón de los claveles.

Tu pelo, debió volverse sedoso como los tejidos traídos de los más lejanos orientes, y abundante como las algas que cubren los fondos marinos.

Tus dientes, regenerados por la gracia del verbo, debieron convertirse en nacaradas perlas de los océanos, y tus labios debieron volverse turgentes y teñirse del apretado color de la fresa en su madurez.

Tus bellos ojos de virginal muchacha se debieron llenar de la Luz de la creación, para transformarse en las estrellas que desde entonces guían a los que navegan por los mares de la existencia. Esos ojos que se colocaron a las puertas del cielo para ser los faros que nos conducen al puerto de la Gloria.

Tus manos, desde entonces, se hicieron caminos hacia el Padre. Mediadoras para que colocáramos en ellas nuestras peticiones, y báculo donde apoyarnos para poder levantarnos cada vez que cayéramos en nuestro recorrido por este valle de lágrimas.

Tu pecho se volvió fuente de Gracia, para amamantar a toda la humanidad ávida de perdón y de eternidad.

Y tu entraña, tu Divina Entraña, se volvió tabernáculo de la Encarnación del Verbo. Altar de la Palabra, templo de esperanza y fuente de salvación.

Por eso este barrio, deseoso de reverenciar tu papel de Madre del Salvador, no pudo ponerte otro nombre. Y es que tú fuiste la Encarnación de un deseo. Del deseo de fundar una hermandad que sublimase la religiosidad de un barrio. Y fuiste la Encarnación de una realidad: la realidad de un Dios hecho carne que se presenta cada año a su pueblo. Una realidad que aumentó su peso, su consistencia y su popularidad gracias a la entrañable labor y a la abnegada entrega de dos hombres cruciales para la hermandad: Manolo Ponce y José María Rodríguez Guillén, que trabajaron con tesón para conseguir aunar todas las fuerzas Y fuiste la Encarnación de un sueño.



El de ver al Hijo que, hecho Sangre, riega las almas de todo un barrio para hacerlas más receptivas a tu Amor Un sueño en el que puso toda su sangre en el asador José María Suárez un hombre de pro, que surge para hacerse abanderado de la ilusión cuando todos creían que llegarían tiempos difíciles.

Y fuiste más tarde la Encarnación de una locura. La locura de un hombre llamado Luis Arjona, que quiso verte coronada y supo capitanear a todo un barrio, poniendo tras de sí a todos los fieles, para conseguir verte Reina de la Calzada, Reina de Sevilla y Reina de los Cielos. Coronada de estrellas y sobre todo, coronada por el inmenso amor de tus hijos.

Coronada vas Señora
Por el amor de tus hijos,
Coronada por la aurora
Coronada por el mismo
Dios Padre que coronó
Tu vientre con ese Hijo
De cuya presentación
Es testigo San Benito

Coronadas van tus manos
Con el pañuelo de lino
Donde tus lágrimas van
Buscándose un huequecito
Para poderse quedar
En el grácil laberinto
Que forman en sus encajes
El dédalo de sus hilos

Coronados por tus dedos
Va ese manojo de lirios
Y la flor de la Pasión
Que entre ellos ha crecido.
Esos dedos que se enredan
En el Rosario infinito
Que engarza sus finas cuentas
Al cordel de tu cariño.



Coronada va tu cara
Por los besos recibidos
Desde la muchas ventanas
De los altos edificios
Que conforman este barrio
Diferente y tan distinto
De aquél al que tú llegaste
Buscando tu nuevo nido.

Coronada vas, María
Por la augusta Encarnación
Con que fuiste bendecida
Cuando la ciudad soñó
Que fueras tú la elegida
Para entregarte su amor.

Coronada por las flores
Que te buscan a porfía
Para ponerse a tus plantas
Y ofrecerte sus caricias
Coronada por tu barrio,
coronada por Sevilla,
coronada por los fieles
de esa hermosa cofradía
que decidió que tú fueses
Reina en su feligresía.

Encarnación, Coronada
Vas más guapa todavía.
Más guapa que las estrellas,
Que la flor de Alejandría,
Más aún que la camelia
Que es la flor más exquisita,
Más guapa que una flamenca
por la feria de Sevilla,
Más guapa que un Jueves Santo
Una mujer con mantilla.
Más guapa que los naranjos
Del parque de Maria Luisa
y más bonita que el canto
De los seises en el día



En que la ciudad se ofrece
A tu Concepción purísima.
Tan guapa que solo puede
compararse a las delicias
de tu perfección mariana,
la sensación de alegría
que sintiera La Calzada
cuando a tu templo volvías
después de ser coronada
bajo la Giralda misma.
Como Reina de la Gracia
De las cortes infinitas

Virgen de la Encarnación:
Esta hermandad te suplica
Que aceptes todo el amor
Que te ofreciera Sevilla
El día que te coronó
Reina de la Creación
Y Reina de Andalucía.
Encarnación coronada
Es tu cara el infinito
Tesoro de la Calzada
Y orgullo de San Benito

XXV AÑOS

Veinticinco Años ya. Se dice pronto, ¿verdad? Veinticinco años de que la primera cuadrilla de esta hermandad entró bajo el paso. Veinticinco años de entrega en los que muchos pasaron por esas trabajaderas en las que se ofrece junto al sudor y a la fuerza, la más generosa intención: la de ser los pies del Señor, la de ser los pies de la Virgen.

Porque el costalero, no lo olvidemos, es el alma de nuestra Semana Santa. Como ya dijera el padre Cué, si se acabaran los costaleros, se terminarían nuestras procesiones, o al menos, con la vida con que hoy las conocemos. Y es que el costalero es el que humaniza, el que acerca, el que hace vivir a nuestras imágenes, el que hace que nuestras almas caigan rendidas ante la majestuosidad de sus movimientos. Es el que es capaz de medir el paso para que la Señora camine sin andar, para que avance sin notarse, para que



se mueva estando estática, para no molestarla cuando su pena se hace más profunda , para dejarla llorar sin que se muevan sus lágrimas. Para hacerla entrar, a paso lento, hasta el fondo de nuestros corazones.

Es el costalero el que sabe hacer que avance con elegancia y con decisión por las calles del sentimiento. El que sabe mecerla para que las lágrimas caigan de su cara y la sonrisa se instale sobre su boca. El que sabe lograr que esa misma sonrisa se instale en las almas de muchos de los que se acercan hasta Ella con el corazón encogido por la pena. El práctico que sabe hacer lo imposible para que el bajel de su palio salga milagrosamente sin rozar la dificultad de la bocana de la puerta, el que sabe rachear sus alpargatas para que los pies de Jesús dejen su sendero de gloria sobre el asfalto. El que sabe arrancar con fuerza para que Pilatos pierda de vista a Jesús y no pueda condenarle, el que se deja regar por su Divina Sangre para que sus pecados y los de toda la humanidad sean redimidos. El es la encarnación de nuestras sagradas imágenes, que gracias a su trabajo se convierten en fuente de vida que va derramando su gracia sobre nuestras almas.

Y en veinticinco años, ¡Cuántas ilusiones, cuántas desilusiones, cuántas fatigas, cuantas lágrimas no habrán visto los palos de las trabajaderas! ¡Cuántos recuerdos, Encarnación se habrán quedado a vivir eternamente en los corazones de tus hijos, confiriéndoles el sello de tus ojos, el marchamo de tu sonrisa, el contraste de tu divina ley! Y si no, que se lo pregunten a Gary, un hombre de otra cultura, de otra latitud, de otra idiosincrasia, que quedó prendido en el jardín de tu cara y preso de las cadenas de tu llanto, o que le pregunten a Candela cuántas veces ha tenido que abrazarse llorando a cualquiera de los que estuvieron bajo el mando de su martillo, para compartir ese momento de sentimientos desbordados, de alegría emocionada o de nervios desatados por las tormentas de Amor que su Encarnación provoca.

Esas tormentas que se desatan en cualquier punto, pero que se hacen mucho más intensas cuando el Martes Santo va llegando a su fin y la hermandad vuelve a su barrio y el paso del Santísimo Cristo de la Presentación sube el imaginario puente que lo separa de Sevilla con la mejor de las chicotás con la que su gente pone la rúbrica a la obra de arte que dejó trazada sobre los lienzos de las calles sevillanas. Tras la magistral levantada, la música romperá la noche para traer ríos de emociones por los metálicos acueductos de las cornetas, y el leve movimiento sobre los pies, se transformará en amplio balanceo de costero a costero que hará peligrar las frágiles



barquillas de la sensibilidad, para más tarde romper con fuerza en decidido caminar, haciendo explosionar las olas del mar del cariño de la gente de San Benito, contra las rocas del arte de su cuadrilla.

Luego, un Cristo hecho Sangre que pende de la Cruz de nuestro pecado, será llevado con suavidades de seda sobre su maravilloso paso, por costaleros que ejercen de mudos cirineos para llevar a Cristo por la vía dolorosa hasta el gólgota construido a los mismos pies de la Giralda, y traerlo luego, vencedor sobre la muerte, hasta el sepulcro de la Calzada, donde esperará pacientemente la llegada del domingo, para resucitar en cuerpo glorioso y traernos la alegría de la Pascua.

Por último, llegará hasta la imaginaria frontera una Virgen a la que espera la inmensa multitud formada por los ejércitos de sus hijos en la diáspora, que vuelven cada año a llorar con el llanto de su Encarnación. Y es que, aunque todas las vírgenes lloran, ésta llora como ninguna, porque, como buena Madre, sabe del dolor de los hijos que tuvieron que marchar a otras geografías sevillanas para poder acceder a una vivienda digna.

Porque Ella supo mejor que nadie de los sufrimientos de sus hijos en noches de zozobra ante el peligro de las riadas. Y mejor que nadie supo del estado en que quedaron sus casas tras la retirada de las aguas.

Una Virgen que llora pero que también sonríe. Sonríe porque sabe de la alegría de sus hijos al estrenar su nuevo piso. Alegría empañada solamente por la amargura de estar más lejos de su Encarnación.

Pero Ella también sabe que, aunque geográficamente lejos, y por esa misma causa, está más presente que nunca en sus corazones. Por eso cada Martes Santo todos vuelven para estar con ella, para acompañarla, para secar su llanto, para que sepa que aquél barrio sigue existiendo y que la quiere más que nunca. Por eso, las calles de Sevilla se convierten cada Martes Santo en Calzada de Encarnación, para la Encarnación de la Calzada. Y los hijos del barrio estallarán en vítores y aplausos para hacerla reír, para hacerla olvidar siquiera un instante su pena, para demostrarle su amor y su devoción.

Aquí estamos, Señora, siempre aquí contigo, que aunque destruyeran nuestras viviendas, siguen existiendo calles de sentimientos y plazuelas de recuerdos plagadas de casas de corazones, para que tu barrio siga en pie.



Aquí está tu gente Madre, aquí está tu barrio Reina, aquí está, Señora La Calzada. Tu Calzada, Encarnación.

¿Cuántas candelas, CANDELA.
Ardieron bajo ese paso?
Bajo esas trabajaderas,
¿cuántos fuegos apagados?
Tras esos respiraderos,
¿cuántos hombres entregados
para hacer que todo un pueblo
se haga rezo y se haga canto?

¿Cuánto corazón ardió,
Candela por las candelas
De las niñas de sus ojos?
¿Cuántos corazones rotos
Se le entregaron debajo
Dedicando cada fibra
A que la Madre de Dios
Paseara por Sevilla?

Cuánta fe se ha derramado
Desde esos blancos costales
Cuando borraba los males
Un puente que era frontera
entre la tierra y el cielo
mientras su paso subía
con ese son tan distinto
y ese esfuerzo sobrehumano
que ponían entre las manos
de sus adorados hijos
para que su amor creciera
cien enteros cada año
al verla allí coronando
aquél viejo viaducto
que al lado del acueducto
componían el Santo y Señá
de aquella vieja Calzada
donde las tropas romanas
llevaron a Jesucristo



para presentarlo al pueblo
del barrio de San Benito

25 años se fueron,
25 años de historia
25 años de esfuerzo,
25 años de gloria.

De gloria, como anda Ella
Cuando su paso es espejo
Donde se mira Sevilla
Cuando ejecuta una danza
Con paso quedo, muy fino,
con paso largo, a zancadas,
para conseguir rezarte,
para secar esas lágrimas,
para que rías llorando
para que alegres las almas
con el arte costalero
de esta cuadrilla de gracia
que se quema en la Candela
de un capataz que les llama
con voz firme y hasta el cielo
quiere cada levantada.

Quemadnos ya en la Candela
De la chicotá soñada,
Quemadnos en las Candelas
De las altas espadañas
De ese palio que parece
La catedral sevillana
Cuando sus varales son
Pilares de eterna gracia,
sus sonoras bambalinas
Son doseles de esperanza,
Su peana es el altar,
retablo mayor su cara.
Y su vientre es el sagrario
donde Cristo se encarnara.



Para derramar su Sangre
Por calles de la Calzada

Quémanos ya en tu Candela
Ay, Candela por Dios, llama
Que queremos admirar
a esa cuadrilla que dama
Que llames para llevar
Al cielo a su Soberana

Candela, ¿quieres llamar?
Por favor candela, llama
Que San Benito ya está
Soñando con disfrutarla

Cuando Candela llamó.
Se hizo el cielo la Calzada.

HE DICHO.